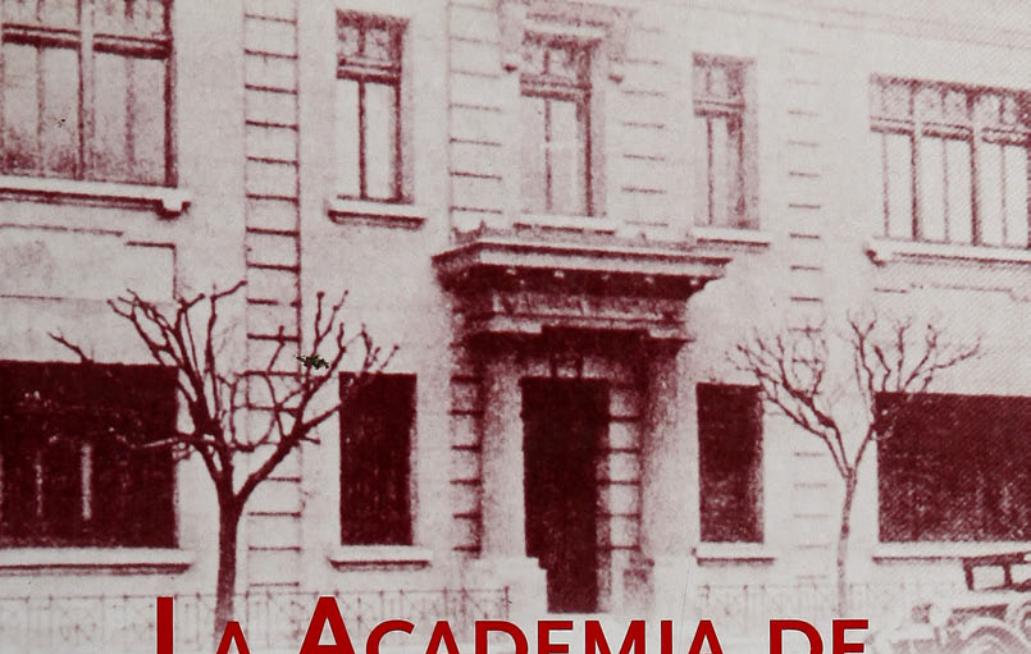




LA ACADEMIA DE GUERRA DEL EJÉRCITO DE CHILE 1886-2006

CIENTO VEINTE AÑOS DE HISTORIA

Alejandro San Francisco *(editor)*

Roberto Arancibia • Enrique Brahm • Walter Dörner • Cristián Garay • Jorge Olguín • Alejandro San Francisco • Javier Urbina



CENTRO DE ESTUDIOS BICENTENARIO



94/678-257

.....C:..... 1

EDITOR

ALEJANDRO SAN FRANCISCO, Doctor en Historia Moderna por la Universidad de Oxford, Profesor del Instituto de Historia y de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica de Chile.

BIBLIOTECA NACIONAL



1424223

AUTORES

ROBERTO ARANCIBIA CLAVEL, Doctor en Historia por la Universidad Católica de Chile, Director del Magíster de Historia Militar y Pensamiento Estratégico.

ENRIQUE BRAHM GARCÍA, Doctor en Derecho por la Universidad de Frankfurt/M., Profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de los Andes.

WALTER DÖRNER ANDRADE, Investigador e Historiador de la Academia de Historia Militar.

CRISTIÁN GARAY, Doctor en Estudios Americanos, Universidad de Santiago de Chile e Investigador del Instituto de Estudios Avanzados de la USACH.

JORGE PABLO OLGUÍN, Licenciado en Historia por la Universidad Católica de Chile.

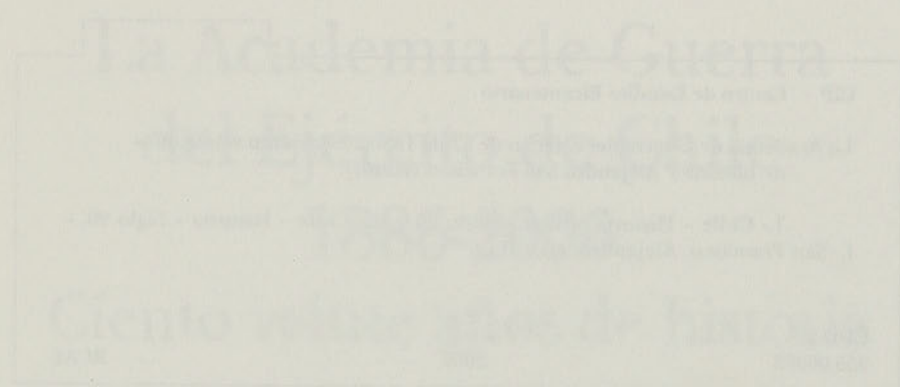
JAVIER URBINA PAREDES, Magíster en Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile y Profesor de la Academia de Guerra del Ejército.

94/679-25

La Academia de Guerra del Ejército de Chile

1886-2006

Ciento veinte años de historia



CENTRO DE ESTUDIOS BICENTENARIO
CHILE
1810-1910-2010

CIP - Centro de Estudios Bicentenario

La Academia de Guerra del Ejército de Chile 1886-2006: ciento veinte años
de historia / Alejandro San Francisco (editor).

I.- Chile - Historia Militar - Siglo 20 - 2.- Chile - Historia - Siglo 20. -
I.- San Francisco, Alejandro, ed.- II.- t.

CDD 22
355.00983

2006

RCA2

© Centro de Estudios Bicentenario

© Alejandro San Francisco

Correo N° 30 Casilla 189, Vitacura - Santiago - Chile

<http://www.bicentenariochile.cl>

contacto@bicentenariochile.cl

Derechos reservados

ISBN: 956-8147-32-2

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 157.321

Primera edición, septiembre de 2006

Diseño de Portada: Elena Manríquez

Fotos de Portada: Frontis de la Antigua Academia de Guerra en la Calle Alameda con García
Reyes y Actual frontis de la Academia de Guerra, en el Campo Militar de La Reina, del General
René Schneider Chereau.

Impreso en Andros Impresores

Hecho en Chile/Printed in Chile

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la tapa, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna por ningún medio sin permiso previo del editor.

Los juicios y opiniones vertidos en esta obra, son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el pensamiento ni la doctrina del Ejército de Chile.

La Academia de Guerra del Ejército de Chile 1886-2006 Ciento veinte años de historia

Alejandro San Francisco (Editor)

Roberto Arancibia Clavel

Enrique Brahm García

Walter Dörner Andrade

Cristián Garay Vera

Jorge Pablo Olguín

Javier Urbina Paredes

EDICIONES
CENTRO DE ESTUDIOS BICENTENARIO
SANTIAGO
2006

Autores

ROBERTO ARANCIBIA CLAVEL

General de División, especialista en Estado Mayor y profesor de Academia en las asignaturas de Historia Militar, Estrategia, Geografía Militar y Geopolítica. Magíster en Ciencia Política por la Pontificia Universidad Católica de Chile, y Doctor en Historia de la misma universidad. Miembro de la Academia de Historia Militar y del Instituto O'Higiniano. Es autor, entre otras obras, de *La Influencia del Ejército Chileno en América Latina 1900-1950* (Santiago, CESIM, 2001), y de la edición y estudio preliminar de la obra del General Indalicio Téllez, *Recuerdos Militares* (Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2005). Actualmente se desempeña como Director del Magíster en Historia Militar y Estrategia de la Academia de Guerra y como Presidente de la Corporación de Conservación y Difusión del Patrimonio Histórico y Militar.

ENRIQUE BRAHM

Titulado de abogado en 1981, es Licenciado en Derecho (1979) y en Historia (1991) por la Pontificia Universidad Católica de Chile, y Doctor en Derecho por la Universidad de Frankfurt/M. (1985). Es autor, entre otros, de los siguientes libros: *Propiedad sin libertad: Chile 1925-1973* (Santiago, Universidad de los Andes, 1999); *Preparados para la guerra. Pensamiento militar chileno bajo influencia alemana 1885-1930* (Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2003). Actualmente se desempeña como Director de Estudios de la Facultad de Derecho de la Universidad de los Andes, donde dicta los cursos de Historia del Derecho y de Historia del Siglo XX.

CRL. WALTER DÖRNER ANDRADE

Realizó sus estudios de Estado Mayor en 1965 en la Academia de Guerra, egresando con la primera antigüedad en 1967. Se tituló de Profesor Militar y Profesor de Academia en el área de Historia Militar, Geopolítica y Estrategia. Es Magíster en Planificación y Gestión Estratégica, otorgado por el C.I.M. (2000). Actualmente es Investigador e Historiador de la Academia de Historia Militar y Vicepresidente de la misma. Ha participado en la elaboración de diversas obras publicadas por el Ejército, entre ellas, *El Ejército al servicio de la Patria 1900-2000* (1999); *Historia del Estado Mayor General del Ejército* (2002).

CRISTIÁN GARAY VERA

Doctor en Historia Universidad de Santiago de Chile (USACH). Licenciado y Magíster en Historia por la Universidad de Chile. Profesor civil del Departamento de Investigación y Desarrollo (DINDES) de la Academia de Guerra del Ejército de Chile. Investigador del Instituto de Estudios Avanzados de la USACH. Es autor de 74 artículos especializados, publicados en Chile, Argentina, España, Estados Unidos, Bolivia, México y Hungría. Entre sus trabajos recientes destacan *Las Políticas de Defensa Nacional en el MERCOSUR y asociados. Historia, procesos, tendencias 1990-2000* (Universidad de Santiago de Chile, 2003) y *La camaleónica naturaleza del conflicto posmoderno* (Santiago, Biblioteca del Oficial, Ejército de Chile, 2004).

JORGE PABLO OLGUÍN

Licenciado en Historia por la Universidad Católica de Chile. Fue investigador-ayudante del Proyecto de Recuperación de la Memoria Histórica de Maipú.

ALEJANDRO SAN FRANCISCO

Doctor en Historia por la Universidad de Oxford (Inglaterra). Profesor del Instituto de Historia y de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica de Chile. Editor de *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*. Ha publicado artículos en algunas de las revistas más importantes de su especialidad, tales como *Historia*, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, *Bicentenario*, *Mapocho* y *Humanitas*. Coeditor de *Camino a La Moneda. Las elecciones presidenciales en la historia de Chile* (Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2005). Actualmente desarrolla el Proyecto FONDECYT 1060600, período 2006-2008.

JAVIER URBINA PAREDES

Oficial de Estado Mayor graduado en 1980. Profesor de Academia en las asignaturas de Historia Militar y Estrategia, y Logística. Graduado del Colegio Interamericano de Defensa, Washington DC. Magister en Ciencia Política de la P. Universidad Católica de Chile. Comandante del Regimiento de Infantería 4 Rancagua. Director de la Escuela Militar. Como General fue Secretario General del Ejército. Comandante del Comando de Institutos Militares. Jefe del Estado Mayor General del Ejército. Autor de "El General Schneider y la Doctrina del Ejército", *Memorial del Ejército de Chile*, N° 465 (2000).

ÍNDICE

Palabras iniciales	XI
Introducción	
<i>Alejandro San Francisco</i>	XVII
La impronta prusiana de la Academia de Guerra del Ejército (1885-1914)	
<i>Enrique Brahm García</i>	3
<i>El Ensayo Militar, 1888-1890. La primera revista de la Academia de Guerra del Ejército de Chile</i>	
<i>Alejandro San Francisco-Jorge Olguín</i>	27
La Academia de Guerra del Ejército de Chile y su influencia en América Latina	
<i>Roberto Arancibia Clavel</i>	63
Formación Académica en la Academia de Guerra, 1930-1973	
<i>Walter Dörner Andrade</i>	123
En un entorno difícil: la existencia de la Academia de Guerra entre 1947 y 1970	
<i>Cristián Garay Vera</i>	143
Algunos recuerdos sobre la Academia de Guerra del Ejército, 1966-2000	
<i>Javier Urbina Paredes</i>	171

La Academia de Guerra del Ejército de cara al Bicentenario <i>Academia de Guerra del Ejército</i>	183
<i>Anexos</i>	
Decreto de Fundación de la Academia de Guerra del Ejército (1886)	211
Directores Academia de Guerra del Ejército (1887-2006)	221
Cuadro de Honor de los Alumnos Egresados de la Academia de Guerra (1887-2005)	223
Bibliografía	227

PALABRAS INICIALES

120 años de la Academia de Guerra

El proceso de cambios que ha tenido lugar en el Ejército de Chile permite contar con capacidades acordes al rol que el Estado le quiere asignar y que el país desea proyectar como parte de su política exterior. Todo ello en el marco de una transformación sistemática en el planeta, producida por la reformulación impulsada por las tecnologías de las ciencias de la informática y la información, que denominamos Globalización, y que relocalizan las actividades económicas, sociales, políticas y militares en torno a nuevos parámetros del poder sutil y el poder fuerte o clásico, que impone la Sociedad de la Información.

Estamos conscientes de que tales transformaciones suponen una serie de presiones sociales frente a todas las instituciones del Estado, que deben cobijarse y relacionarse en el nuevo escenario. De estos cambios el más importante es el ya aludido proceso de Globalización, que se inició como un acontecimiento predominantemente económico y que hoy abarca lo cultural, político y tecnológico. Este fenómeno, que consiste principalmente en la estructuración de un mercado global, establecido en torno a nodos de interconexión, apremia a los Estados a asimilar hechos de carácter transnacional, tales como la extensión del delito, la intercomunicación de las organizaciones no gubernamentales o la existencia de amenazas más allá de las fronteras.

El deterioro de “lo nacional” y la constatación de la debilidad del Estado han sido los principales problemas de los años 90, y han desvirtuado las esperanzas de un nuevo orden mundial estable y seguro, tras la Guerra Fría. Las experiencias de las guerras de Irak I y II, y la de Afganistán, así como de los nuevos conflictos asimétricos, representan la nota dominante de esta posguerra.

Por cierto, no todo es retroceso. Se advierte cierto progreso en los procedimientos judiciales, en la extensión de los derechos de las personas, como en el respeto por las diferencias y multiculturalidades. También los avances de las ciencias de la informática y la información se

hacen más visibles, hasta llegar al núcleo del poder mediante la idea del “e-Estado”, con las tesis de la transparencia y la visibilidad ciudadana, y la emergencia de la sociedad civil. En el campo de la seguridad y defensa, se aprecia a nivel global –afortunadamente no en nuestros niveles nacional ni subregional– la privatización de la violencia en favor de los precitados movimientos transnacionales, grupos delictuales internacionales y grupos no gubernamentales. En ciertas operaciones internacionales, asimismo, aparecen guardias privados que operan en ámbitos que van desde las cárceles hasta la custodia de personas preeminentes e infraestructura básica. El Estado deja de ser, en palabras de Max Weber, el único (y legítimo) detentador de la violencia armada.

En este marco de las transformaciones, las instituciones de la defensa se han ido autoevaluando. La Revolución en Asuntos Militares (RMA en inglés) marcó, por ejemplo, la actual configuración de las fuerzas de Estados Unidos, las que hoy exhiben capacidades no previstas antes de los 90. No sólo hablamos de las más recientes, surgidas de la reconfiguración de su aparato militar y de su estructura total interministerial en relación a la lucha contra el terrorismo, sino principalmente de las que han conducido a proveer un modelo de fuerza polivalente, rápida, interoperativa, conjunta, y que se proyecta en las unidades de la OTAN, entre otros.

Esto se ha proyectado también en nuestros esfuerzos por comprender la naturaleza de estos cambios y aplicarlos a la institución; esfuerzos centrados también en la asesoría del Centro de Estudios e Investigaciones Militares (CESIM) y de otras instancias en el Ejército, pero cuyo eje central es la actividad docente de los Cursos Regulares de Estado Mayor. La descripción y la reflexión teórica contenida en la reciente “Doctrina: El Ejército y la Fuerza Terrestre” de 2005, debe mucho al tenor de las discusiones, aportes y conceptos elaborados en la Academia de Guerra. En ella, por ejemplo, en consonancia con los procesos, se caracteriza a la fuerza terrestre como diseñada para vencer en la batalla, entrenada para la guerra, letal, integrada, interoperativa, persistente en el combate, proyectable, sostenible, polivalente y de respuesta oportuna.

Pero no sólo lo estrictamente estratégico ha estado en la mira de estas transformaciones. Procesos únicos, que han dejado marca indeleble en la Historia Patria han determinado una nueva perspectiva del rol de los militares. Esto ha sido definido recientemente como el “*profesionalismo militar participativo*”, explicitado en la Ordenanza General del Ejército de Chile de este año. Es el resultado de un estímulo persistente para seguir proyectando en un nuevo e innovador ambiente –parafraseo el texto– y continuar proveyendo seguridad y defensa a la sociedad nacional.

La nueva arquitectura para el sostenimiento de las capacidades de seguridad y defensa del país es complementaria a la disuasión y cooperación internacional militar, dentro de un esquema de acercamiento vecinal y estatal en la región. Para fortalecer la unidad, la cohesión social y el desarrollo nacional se ha definido el ya mencionado “*profesionalismo militar participativo*”, que enfatiza el cambio cualitativo de la visión del Oficial de Estado Mayor y de cada integrante del Ejército de Chile. Un cambio que, sin olvidar la condición de institución obediente, no deliberante y apolítica, permite concebir que la profesión militar no se circunscribe al arte de mandar medios humanos y materiales y de administrarlos racionalmente para la defensa de la Patria, sino, eludiendo el intervencionismo y el aislacionismo, impone la consideración de poner los recursos militares al servicio de la cohesión social “en lo que le es propio” y en el “área de su quehacer profesional”.

Esta perspectiva nos permite situar el quehacer del Ejército dentro de la asistencia y colaboración profesional con las obligaciones sociales institucionales, como son en las áreas de relaciones internacionales, desarrollo en infraestructura material, protección medioambiental y, en general, todo lo que ayude a la seguridad de la integración y crecimiento de nuestro país en el mundo.

De este modo el profesionalismo militar participativo ofrece un dinamismo que la Institución ha sabido definir teóricamente en un trabajo denso, paulatino y muchas veces anónimo, en diversas instancias de su estructura.

Varias veces –prácticamente desde sus inicios– la Academia de Guerra ha lanzado un libro conmemorativo, de modo de ir dejando en claro los hitos que han marcado su existencia y cómo ella ha asimilando los progresos de la ciencia militar. La empresa de un nuevo libro no resulta, sin embargo, rutinaria, ya que cada vez se han replanteado los aspectos que más interesa destacar de la vida del Instituto.

Por eso, el presente texto viene a llenar algunas lagunas de la historia reciente de la Academia de Guerra. Los años 50, 60 y parte de los 70 son abordados con la intención de develar algunos vacíos, que son parte de esta historia que no había sido resuelta, en espera de la necesaria distancia de los hechos. Agradecemos a los autores que han colaborado en este esfuerzo y que han prodigado sus capacidades para sacarla a la luz.

Se ha querido, pues, insertar la historia de la Academia de Guerra en su contexto societal. En las transformaciones, por un lado de la profesión militar y, por otro, de la sociedad chilena. En sus avatares, en las inflexiones de la política institucional y de la defensa, en las tribulaciones de la

política exterior de tiempo en tiempo que exigían una mirada disuasiva. Y, finalmente, en el proceso de su modernización.

El primer artículo corresponde al historiador Enrique Brahm, docente de la Universidad de los Andes, y se refiere a “La impronta prusiana”, con énfasis en la influencia a la Academia de Guerra, aspecto que si bien ha merecido aportes relevantes de profesores extranjeros como Sater, Nunn y Fischer, es enriquecido con perspectivas específicas referidas a este Instituto. El segundo artículo lo debemos a Alejandro San Francisco, Doctor en Historia por la Universidad de Oxford y docente de la Pontificia Universidad Católica de Chile, quien ha escrito, junto al promisorio investigador Jorge Olguín sobre *El Ensayo Militar*, la primera publicación surgida en la Academia de Guerra. El profesor San Francisco ha sido también el editor de este texto. A continuación el director del Magíster en Pensamiento Estratégico e Historia Militar, el Doctor en Historia por la Universidad Católica de Chile, General de División Roberto Arancibia Clavel, nos presenta “La exportación del modelo chileno”, especialmente en lo que se refiere a la Academia de Guerra. El miembro de la Academia de Historia Militar, coronel Walter Dörner Andrade, nos participa de la formación académica en “la Universidad del Ejército” en el período 1930-1973, época en que él mismo fue actor como estudiante destacado de la institución. El profesor civil y académico de la Universidad de Santiago de Chile, Doctor en Estudios Americanos Cristián Garay, nos presenta “En un entorno difícil: la vida de la Academia entre 1947 y 1973”. Tomando como eje la Guerra Fría, el autor privilegia la mirada y la presión de la sociedad sobre los cambios internos, mostrando la dialéctica entre la institución y la realidad social, y como se fueron dando cuenta diversos debates doctrinarios en lo profesional ligados a los cambios de estos años. Luego el General de División Javier Urbina, ex alumno y profesor de la Academia de Guerra, desarrolla algunos recuerdos personales que abren luces y permiten también iniciar una tarea necesaria en que los actores hablan de sus experiencias y reconstruyen la historia institucional. Finalmente, el texto contiene la contribución del propio Instituto, este capítulo titulado “La Academia de Guerra de cara al Bicentenario”, junto con recoger los antecedentes de la historia reciente, da una mirada prospectiva al quehacer futuro de este centro de estudios superiores en las diferentes áreas de su quehacer.

A todos los autores, gracias por su esfuerzo intelectual y por compartir el resultado de sus investigaciones.

120 años de la Academia de Guerra representan en sí un programa y una filosofía para abordar el desarrollo de este Instituto. No sólo porque

fue uno de los primeros en el mundo con el carácter de formadora permanente de Oficiales de Estado Mayor, sino porque constituye una prueba que la evolución, cuando es dinámica y creadora, puede reinventarse continuamente sin perder su identidad. Para este Jefe del Estado Mayor General del Ejército, y como ex director de este Instituto, resulta muy grato introducir al lector en este libro, que más que contar la historia de la Academia de Guerra va resolviendo vacíos o lagunas que el tiempo y las relecturas exponen en todo saber.

Para nosotros es evidente que la Academia de Guerra tiene tras de sí un pasado glorioso, un plan y un proyecto de trabajo colectivo, y una voluntad indomable de trabajo y perseverancia. Gracias a ella ha configurado su prestigio internacional, en un medio donde los recursos no lo son todo. Como institución, que desde los 90 se fortaleció con la Ley Orgánica Constitucional de la Enseñanza, esta evolución ha significado incrementar y apoyar la cohesión social mediante una mayor presencia en el mundo académico y civil. Todo ello sin desahuciar su tarea primigenia: asesorar al mando en el conflicto.

ALFREDO EWING PINOCHET
General de División
Jefe del Estado Mayor General del Ejército

Santiago, septiembre de 2006

INTRODUCCIÓN

No recuerdo bien cuándo fue la primera vez que estuve en la Academia de Guerra del Ejército, pero son varias las ocasiones que me han llevado a visitar su sede en La Reina en los últimos años. Presentaciones de libros, graduaciones de sus alumnos, ceremonias oficiales de aniversario son algunas de ellas. Asimismo, durante el año 2005 fui profesor del Magíster en Historia Militar y Pensamiento Estratégico, recientemente creado, en un curso que me atrae particularmente, como es Metodología de la Investigación Histórica.

Por otro lado, en un par de oportunidades me correspondió dar conferencias ante un selecto auditorio, en 2002 y en 2003, invitado por las más altas autoridades del Ejército. En esas ocasiones abordé temas complementarios: primero fue un estudio comparativo de la guerra civil de 1891 y los golpes militares de 1924-1925, especialmente en lo que se refiere al factor político-militar; un año después la presentación se refirió a los patrones de las intervenciones militares y crisis institucionales chilenas, que incluyó los dos procesos mencionados, añadiendo la intervención del 11 de septiembre de 1973.

La Academia de Guerra tiene un atractivo especial. Es, como se ha dicho muchas veces, “la Universidad del Ejército”, lo cual la hace interesante tanto para la historia militar como para la educación; es atractiva para miembros del Ejército, pero también para civiles; tiene aspectos marcadamente “profesionales” y otros más amplios para interesados no especialistas.

Este libro surge con ocasión de los 120 años de esta institución fundada en 1886, en el contexto del proceso de modernización del Ejército iniciado bajo el sello de la prusianización liderado por Emil Körner. A eso se refiere, precisamente, el primer artículo de esta obra, escrito por el profesor Enrique Brahm, uno de los principales especialistas en el tema. Efectivamente, “La impronta prusiana de la Academia de Guerra del Ejército (1885-1914)” se concentra en los primeros años de la institución y sostiene que hacia los comienzos de la Primera Guerra Mundial ya se había consolidado como una institución de enseñanza de primer nivel. Contra algunas visiones que

relativizan el aporte prusiano a la modernización del Ejército, el profesor Brahm sostiene, basado en fuentes primarias y en recuerdos de chilenos que formaron parte del proceso de profesionalización institucional, que fueron los maestros alemanes quienes lograron despertar el interés por el estudio y facilitaron la formación del Estado Mayor y de numerosos profesores militares.

A continuación, Alejandro San Francisco y Jorge Olguín se refieren a un tema novedoso e interesante: “*El Ensayo Militar*, 1888-1890. La primera revista de la Academia de Guerra del Ejército de Chile”. En el texto sostenemos la necesidad de estudiar las revistas militares como fuente para el conocimiento del pensamiento y autopercepción de la oficialidad, así como específicamente *El Ensayo Militar*, revista que ha permanecido en un olvido casi absoluto y que tiene un enorme valor. En primer lugar, porque fue creada por los alumnos de la recién fundada Academia; en segundo término, porque fue ahí donde Emil Körner escribió sistemáticamente sobre temas castrenses, dando sus opiniones y socializando sus ideas; finalmente, porque los temas tratados ilustran claramente sobre las preocupaciones de este grupo privilegiado de alumnos, que puso sobre la mesa temas como el Servicio Militar Obligatorio, entre otros. Con ello *El Ensayo Militar* respondía al creciente anhelo de formación profesional y de estudio del Ejército de esos años.

El General de división Roberto Arancibia es el autor del artículo “La Academia de Guerra del Ejército de Chile y su influencia en América Latina”, que sigue una línea de investigación iniciada por él mismo hace unos años con la publicación de su libro *La Influencia del Ejército Chileno en América Latina 1900-1950* (2001). Arancibia explica las misiones chilenas en Ecuador, El Salvador y Colombia, ilustrando sobre la importancia de ellas y el aporte que hicieron específicamente en la instrucción superior de esos países en el plano militar. A ello se debe añadir un intercambio más o menos permanente con otros países, que incluye la presencia de profesores y alumnos extranjeros en la Academia de Guerra de Chile, lo que ha posibilitado un estrecho vínculo que ya se extiende por décadas y que obliga a un esfuerzo sostenido hacia el futuro, tanto para dar a conocer el Ejército chileno como para seguir desarrollando el conocimiento científico militar en un alto nivel.

En los libros conmemorativos de la Academia de Guerra publicados, por ejemplo, en 1996, el período 1932-1973 aparece subestudiado. Eso fue lo que nos llevó a equilibrar un poco esta situación con dos artículos escritos por especialistas en la historia militar. El primero de ellos es del coronel Walter Dörner, quien fuera primera antigüedad en sus años de

estudio en “la Universidad del Ejército”. En esta ocasión se refiere al tema “Formación Académica en la Academia de Guerra, 1930-1973”. Se trata de una mirada que combina una exitosa carrera militar con los estudios históricos que ha desarrollado desde hace bastante tiempo. De ahí que la primera parte del artículo se concentre en la guerra y las funciones que cumplen en ellas el Estado Mayor y sus oficiales. La segunda parte, a su vez, se refiere a la formación que ha entregado la Academia de Guerra chilena, incluyendo las distintas reformas del período estudiado. Junto con destacar el inmenso progreso material de la institución, Dörner señala que el personal formado en la Academia contribuye a completar la unidad de mando y de pensamiento que debe existir en las fuerzas militares.

A continuación, Cristián Garay publica su artículo “En un entorno difícil: la existencia de la Academia de Guerra entre 1947 y 1970”. El profesor Garay ha publicado numerosos artículos de historia militar en Chile y el exterior, y es uno de los grandes conocedores de la amplia bibliografía existente en la actualidad. Junto con apreciar un cambio de paradigma en el período que estudia –el paso de la doctrina alemana a la preeminencia norteamericana y las transformaciones en la guerra evidenciadas tras la Segunda Guerra Mundial, el impacto de la subversión y las guerrillas– el artículo se refiere a los cambios de organización y de actividad docente en la Academia. Garay describe los ramos, directores de la institución y también las publicaciones principales hechas por profesores de la Academia de Guerra, concluyendo que hacia 1968-1970 se torna evidente que la situación del país es un tema subyacente a la inestabilidad interna que se aprecia en esos tiempos en la propia institución militar.

No quisimos dejar ausente una faceta a veces olvidada en los trabajos académicos, como son las “memorias” de los actores. De ahí que le hayamos solicitado al General de División Javier Urbina que escribiera “Algunos recuerdos sobre la Academia de Guerra del Ejército”. El texto tiene un valor en sí, pero también quisimos exponer la idea para abrirla a nuevas contribuciones, esperando que en el futuro podamos reunir en un volumen distintos aspectos de la Academia de Guerra a través de sus actores: profesores, alumnos, directores. El propio General Urbina ha tenido una larga experiencia, que partió con su padre como miembro de la Academia y que se extendió por largos años en su fecunda carrera en el Ejército.

Finalmente, incluimos el texto “La Academia de Guerra del Ejército de cara al Bicentenario”, preparada por la propia institución, de manera de ilustrar sobre su estado actual y sobre las perspectivas futuras. Con ello, la información presente por años en las autoridades, personal y estudiantes de la Academia adquiere una presencia pública que nos permite

conocerla de mejor manera. Como ya se torna evidente en los últimos años, a la preparación intelectual, el estudio y la formación rigurosa en el plano académico, se debe añadir un componente *sine qua non* de la vida militar contemporánea, como es la tecnología y la computación. En esa línea se encuentra la Academia de Guerra en la actualidad, sumado a su tarea de enseñanza general que ha tenido desde siempre y desde la década de los años noventa, programas de Postgrado, acreditados y organizados, según lo establecido en la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza (LOCE) y las directrices fijadas por la institución en el cambio de siglo.

El libro incluye tres anexos. El primero trata de un documento histórico fundamental en todo sentido: es el Decreto Orgánico de Fundación de la Academia de Guerra, firmado por el presidente Domingo Santa María y su ministro Carlos Antúnez el 9 de septiembre de 1886, que daría inicio a la “Universidad del Ejército”, en un proyecto cuya continuidad se ha extendido por 120 años. El segundo contiene la lista de todos los directores de la Academia de Guerra desde su fundación hasta hoy. Finalmente, el tercero incluye el Cuadro de Honor de la institución en toda su historia.

El presente conjunto de estudios, obviamente, contribuye pero no agota el conocimiento de la Academia de Guerra. Sería bastante conveniente preparar –quizá para los 125 años de la institución– lo que podría ser la historia de la Academia de Guerra del Ejército de Chile. Aunque hay libros para el Centenario de la Institución y en otras fechas, se podría seguir trabajando en una historia que abarque distintos aspectos desde sus comienzos hasta nuestros días. Puede ser una tarea pendiente atractiva y cuya idea dejamos lanzada.

Finalmente, unas palabras de agradecimiento a quienes han hecho posible llevar adelante este proyecto. Al teniente coronel Cristián Chateau M., Jefe del Departamento de Postgrado y Extensión de la Academia; al teniente coronel John Griffiths S. y al coronel Bernardo Castro S., Jefe de Extensión, cuyo apoyo fue relevante desde el comienzo de esta investigación y que acogieron con entusiasmo y buena voluntad este desafío. Al Director de la Academia de Guerra, coronel Jorge Salas Kurte, quien confió e impulsó el proyecto.

Obviamente, no puedo dejar de mencionar a Ángel Soto, con quien comenzamos a esbozar la idea de este libro durante el año 2005. A Jorge Olgún, gran colaborador, quien empezó como ayudante de investigación, pero finalmente fue un coinvestigador de gran calidad y meticulosidad, que nos permitió enfrentar juntos el desafío de dar a conocer la primera revista institucional: *El Ensayo Militar*. Y, por supuesto, a todos los autores

de cada uno de los artículos y a todos quienes aportaron textos y material para su edición, por su generosidad intelectual y su compromiso en el cumplimiento de sus propios artículos, que han hecho realidad el libro que ahora presentamos.

ALEJANDRO SAN FRANCISCO
Santiago, agosto de 2006

LA ACADEMIA DE GUERRA DEL EJÉRCITO DE CHILE

1886-2006

CIENTO VEINTE AÑOS DE HISTORIA

LA IMPRONTA PRUSIANA DE LA ACADEMIA DE GUERRA DEL EJÉRCITO (1885-1914)

Enrique Brahm García*
Universidad de los Andes

Introducción

Pese a que a lo largo de la historia son varios los modelos extranjeros que han tenido influencia en la formación del Ejército chileno, el que ha calado más profundamente ha sido el alemán. Ni el francés revolucionario y napoleónico, dominante durante el siglo XIX, por lo menos hasta la Guerra del Pacífico; ni el norteamericano, que se impuso a partir de la Segunda Guerra Mundial, han podido competir con la impronta prusiana dejada por Emilio Körner y la pléyade de instructores alemanes que servirían en las filas del Ejército chileno, sobre todo, en el período que va desde 1885 hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial.

Por eso no parece convincente una cierta tendencia que se ha dado en los últimos años en la historiografía sobre el tema y que tiende a minimizar la influencia alemana; o a afirmar que la prusianización habría sido sólo un fenómeno superficial que no logró transformar al Ejército chileno –sería sólo una “ilusión”– y que, en definitiva, habría terminado en un absoluto fracaso.¹

Subyace en esa literatura crítica una postura antialemana.² No cabe duda de que si la impronta de las tropas chilenas fuera otra, de matriz

* Profesor de Historia del Derecho y de Historia Contemporánea en la Universidad de los Andes. Doctor en Derecho por la Universidad de Frankfurt/M. Licenciado en Derecho y en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile.

¹ Cfr. William F. Sater y Holger H. Herwig, *The Grand Illusion. The Prussianization of the Chilean Army* (Lincoln y London, University of Nebraska Press, 1999); William Sater, “Reformas militares alemanas y el Ejército chileno”, *Revista de Historia*, N° 7 (Universidad de Concepción, 1997), pp. 79-91; Bernardo Ibarrola, *El Ejército de Balmaceda: modernización y crisis*, tesis doctoral inédita (Madrid, 2004).

² Herwig, por ejemplo, ha escrito un artículo destinado a “desmitificar” ciertos aspectos de la actuación del Ejército alemán durante la Primera Guerra Mundial. Cfr. Holger H. Herwig, “Von Menschen und Mythen - Gebrauch und Missbrauch der Geschichte

norteamericana, británica o francesa, por decir algo, nunca se habría dado una crítica tan radical y destructiva.

Más todavía, resulta absolutamente impensable imaginar, bajo ningún concepto, que el Ejército chileno hubiera podido llegar a ser nunca una copia fiel del modelo alemán, pues las circunstancias históricas y la realidad material y humana de ambos países eran muy distintas; se diferenciaban de una manera diametral. El Ejército de un país subdesarrollado, ubicado en la periferia del mundo civilizado, no podía ni siquiera soñar con tener los recursos propios de aquel perteneciente a una de las principales potencias industriales del mundo. Tampoco ocupar el lugar central que en la Alemania imperial, a partir de Bismarck y, sobre todo, de los triunfos obtenidos en las guerras de unificación, ostentaba el Ejército, transformado en un verdadero estado dentro del estado, llegando a supeditar y a imponer sus criterios al poder político, con particular fuerza en los años que precedieron a la guerra mundial y durante ella. En Chile, en cambio, se daría casi lo contrario. Pese a sus victorias en la Guerra del Pacífico y a que el triunfo de la interpretación parlamentaria de la Constitución Política de 1833 se dio en los campos de batalla, el Ejército chileno nunca gozó de una particular consideración por parte de la clase política. Apenas terminada la guerra contra Perú y Bolivia, se buscó desmovilizarlo con la máxima rapidez y sólo hubo real preocupación por él, y se lo dotó de armamento moderno y relativamente abundante, pero no de una infraestructura logística adecuada, en los momentos de mayor tensión que se vivieron con Argentina, cuando la guerra parecía inminente, como ocurrió, por ejemplo, el año 1898.³ El resto del tiempo se lo redujo a su más mínima expresión y, en general, nunca fueron prioridad sus necesidades presupuestarias.

Este relativo menosprecio de lo militar y del Ejército, que tanto diferencia a Chile de su modelo alemán, se explica en buena medida, porque durante el siglo XX tanto las clases dirigentes del país como la masa popular, salvo contadas excepciones, dejaron de interesarse por las cuestiones internacionales y no tuvieron una marcada conciencia patriótica. Cómo ha señalado Mario Góngora, “el hecho es que, a partir de los años finales del siglo pasado, el nacionalismo deja generalmente de ser popular (en el sentido que lo es, por ejemplo, en Argentina), y los pro-

und des Ersten Weltkrieges”, en Jay Winter, Geoffrey Parker; y Mary R. Habeck, *Der Erste Weltkrieg und das 20. Jahrhundert*, Hamburger Edition (Hamburgo, 2002), p. 298 ss.

³ Cfr. Enrique Brahm García, *Preparados para la guerra. Pensamiento militar chileno bajo influencia alemana 1885-1930* (Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2003), p. 131 ss.

blemas de límites territoriales o marítimos pasan a ser asuntos técnicos a cargo de diplomáticos y de institutos especiales de las Fuerzas Armadas. Su objeto no es expansivo, sino que ahora defensivo". Y luego concluía que "la política interna domina sin contrapeso la historia reciente de Chile, con sus tensiones ideológicas, económicas y sociales".⁴ Se impusieron en Chile tendencias pacifistas y antimilitaristas que generarían una literatura que proporcionaría importante material para los modernos críticos del modelo alemán.

Éstos, además, escriben con una pasión que no puede terminar, sino con la tergiversación de la realidad. Sater se refiere a Körner, por ejemplo, como "un oscuro capitán de artillería",⁵ siendo que había sido recomendado por el mismísimo Mariscal von Moltke y ocupó el tercer lugar en su promoción —de la que también formaron parte Hindenburg y Meckel, el reformador del Ejército turco—, cuando cursó estudios en la Academia de Guerra de Berlín.⁶ Choca también esa afirmación, con lo que señala el General Carlos Sáez en sus *Recuerdos de un soldado*, quien, pese a ser también crítico de las exageraciones con que se habría adoptado el modelo alemán, señala que Körner "correspondió ampliamente a las esperanzas que en él se cifraban" y que tenía "una brillante hoja de servicios".⁷ Por lo mismo es que suena también como un exabrupto la afirmación de Sater, que recoge también Ibarrola:

⁴ Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile* (Santiago, Editorial La Ciudad, 1981), p. 97. Tratando de explicar las causas de por qué se había ido perdiendo el "nacionalismo popular en Chile", Góngora atribuía particular importancia "a la pérdida del sentido vivo y orgánico del Estado después de 1891 y al crecimiento correlativo de la noción de 'sociedad' como complejo de intereses particulares contrapuestos al Estado, en un país ya cerrado sobre sus fronteras, y en que el ascenso de una clase sólo podía producirse a expensas de las otras". También consideraba "el influjo de las ideologías. El Humanitarismo asoma desde comienzos de siglo, alimentando a distintos movimientos: al Positivismo, al Socialismo ético, al Socialismo de la III Internacional (tácticamente, como arma de combate contra el mundo occidental), a los ideales cientistas, a un Cristianismo secularizado y convertido en moral altruista, al materialismo práctico y utilitario para el cual el sacrificio de la patria resultaba ridículo, etc.

⁵ Sater, "Reformas", p. 79.

⁶ Cfr. Jürgen Schaefer, *Deutsche Militärhilfe an Südamerika. Militär- und Rüstungsinteressen in Argentinien, Bolivien und Chile vor 1914* (Düsseldorf, Bertelsmann Universitätsverlag, 1974), p. 23, y Carlos Sáez, *Recuerdos de un soldado. El Ejército y la política* (Santiago, Imprenta Ercilla, 1933), tomo I, p. 22.

⁷ Sáez, *Recuerdos de un soldado*, tomo I, p. 22. En la página siguiente agrega el comentario de que el calificativo de "prusianos de Sudamérica", con el que la prensa calificó a los chilenos, no debía entenderse como una "solapada ironía. Nuestros progresos habían sido visibles y, en cierta forma, impresionantes".

“La traición llegó a ser un medio de avance en su carrera. Primero, en 1891, traicionó a Balmaceda; luego engañó a Chile, el país que prometió querer, instituyendo reformas, como la conscripción, no porque Santiago necesitara un Ejército grande y a base de reclutas, sino porque un Ejército mayor consumiría más armas y víveres, beneficiando a todos, sus maestros alemanes y camaradas chilenos”.⁸

La verdad es que resulta difícil creer en tanto maquiavelismo. Si Körner se unió a las fuerzas del Congreso en la guerra civil, ello se explica por cuanto había un grupo de oficiales, cercanos a Balmaceda y formados en Francia, que querían poner fin al proceso de reformas iniciado por el instructor prusiano. Mientras tanto, una visión desapasionada de su trabajo hace inevitable concluir que efectivamente buscó, con todas sus energías y esfuerzo, hacer del Ejército chileno una máquina de guerra modelo en Latinoamérica.⁹ Se puede discrepar al calificar sus logros; quizá los resultados de su trabajo pudieron haber sido mejores; pero no se ve por dónde haya buscado sólo engañar a los chilenos. Estaban en juego en esos momentos cuestiones demasiado serias, como una cuasi guerra con Argentina en la que se corría el riesgo de que intervinieran también Perú y Bolivia. Si las tropas chilenas resultaban derrotadas, no sólo sufriría Chile, el país “engañado” por Körner, sino también él mismo y, lo que resultaría más grave, el modelo que promocionaba, y ello significaría una “traición” a su patria alemana. Más sensata parece la opinión del General Indalicio Téllez, para quien la llegada de los oficiales alemanes habría constituido “un acierto que nunca se podrá agradecer bastante”. Provocarían una verdadera revolución no tan sólo en el plano profesional-militar, sino también en cuanto habrían contribuido a “levantar el nivel cultural y social de la oficialidad”. Este reconocimiento tiene particular valor, si se considera que el mismo Téllez sería también muy crítico con los excesos de la germanización, en que caerían luego algunos oficiales chilenos.

⁸ Sater, “Reformas”, p. 91. Cfr. Ibarrola, y Sater y Herwig, *The Grand Illusion*, p. 206, donde se dice que “los alemanes hicieron la mayor parte del dinero vendiendo armas de dudosa utilidad; los hombres de negocios y terratenientes chilenos tenían una porción menor de la tarta proveyendo a las fuerzas armadas de uniformes, botas, caballos, equipo y comida de calidad inferior a la necesaria; el Ejército tenía sus migajas, a veces la asignación a un puesto en alguna oficina de Santiago y, tal vez, la oportunidad de lograr pequeñas ganancias en los contratos de alimentos” (Traducción según Ibarrola).

⁹ El General Sáez decía de Körner que “su capacidad de trabajo era extraordinaria y grande su ilustración general y profesional”. “Trabajador incansable, a veces tal vez superficial, seguía con atención la marcha de todos los servicios del Ejército, y esto, en una época en que no existía aún una reglamentación completa, ni organismos capacitados para secundar esta labor, que exigía del general y de sus colaboradores inmediatos un esfuerzo intenso y permanente”. Sáez, *Recuerdos de un soldado*, tomo I, p. 23.

Afirmar que con la conscripción sólo se buscaba promover una serie de turbios negocios resulta también algo alambicado para una época en que ésta se estaba imponiendo en el mundo como la gran solución para sostener Ejércitos masivos, únicos capaces, según se pensaba, de asegurar el triunfo en los conflictos bélicos contemporáneos.

Por último, el que Körner favoreciera claramente a las empresas alemanas en los negocios de compra de armamentos y sin perjuicio de que pudiera probarse de que recibió comisiones por ello, no resulta para nada extraño en una época marcada por el predominio de un nacionalismo exacerbado y en el cual la competencia imperial entre las grandes potencias estaba alcanzando su clímax. Lo realmente extraño hubiera sido que comprara armamento en Francia. De hecho, el mismo General Estanislao del Canto, que dedica la mayor parte del segundo tomo de sus *Memorias* a criticar y atacar a Körner en relación a la compra de armas y munición en Europa, reconoce que “si yo mismo me encontrase ejerciendo algún empleo en Alemania y el Emperador me consultase adónde podría comprar trigo, fréjoles, papas o maíz que fuese más barato y de mejor calidad, a ojos cerrados yo le contestaría: mande a comprar a Chile”.¹⁰

Más allá de lo caótica que resultó la movilización del año 1920, conocida en la historia de Chile como la “guerra de don Ladislao”,¹¹ y que es uno de los argumentos más importantes al que recurren los detractores de Körner para probar el fracaso de sus reformas, el Ejército chileno sufrió entre los años 1885 y 1920 una transformación radical y recibió una impronta que lo marca hasta el día de hoy.¹² Por lo demás, problemas específicos como el reseñado, cuyas causas son más atribuibles a los jóvenes oficiales chilenos que sucedieron a Körner y exageraron algunos aspectos del modelo, que al instructor prusiano mismo, y que se han dado en distintos momentos aún en los Ejércitos más profesionales y prestigiosos del mundo, no son suficientes para desvirtuar los logros del proceso. La única prueba realmente válida hubiera sido la guerra, a la que, gracias a Dios, nunca se llegó. También esto se podría considerar como un argumento más a favor de la “superficialidad” del proceso de reformas, si se piensa que el “modelo” original llevó al mundo a dos guerras mundiales. Pero, desde otra perspectiva, no dejó de ser un gran logro: frente al bélico siglo

¹⁰ Estanislao del Canto, *Memorias*, tomo II, p. 93, inédito. (Forma parte de la Biblioteca de Francisco Antonio Encina que su familia donó a la Universidad de los Andes).

¹¹ Cfr. Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973)*, Vol. II, *Triunfo y decadencia de la oligarquía (1891-1920)* (Santiago, Editorial Santillana del Pacífico S.A., 1983), p. 673 ss.

¹² Cfr. por ejemplo, Sater y Herwig, *The Grand Illusion*, p. 95 ss.

XIX chileno, el siglo XX ha sido una era de paz y, quizá, algo de mérito le cabe en ello al nuevo Ejército.

Lo que está fuera de toda duda es que bajo la influencia de los oficiales alemanes el Ejército chileno vivió un proceso de profesionalización en virtud del cual “dejó de ser una ruda e ignorante tropa de frontera, sólo apta para la guerra contra los indios y mantenida algo al margen de la sociedad, y pasó a ocupar un lugar central en las transformaciones políticas, sociales y económicas que sufrió Chile a partir de la década de los veinte del siglo XX”.¹³

La llegada de Körner

Algunos sectores más ilustrados dentro de las filas del Ejército no habían quedado conformes con la forma cómo se habían conducido las operaciones durante la Guerra del Pacífico. Pese al triunfo obtenido contra peruanos y bolivianos, resultaba evidente que las tropas chilenas seguían aferradas a sistemas tácticos que ya aparecían sobrepasados, sobre todo, si se tenía en consideración la evolución que habían tenido las fuerzas armadas en algunas de las principales potencias europeas. El nuevo paradigma con el cual se empezarían a comparar los distintos Ejércitos del mundo y también el chileno sería el prusiano, luego de que se hiciera realidad la unificación de Alemania sobre los campos de batalla, tras tres exitosas guerras contra Dinamarca, el imperio austríaco y la Francia de Napoleón III. Este sería el parámetro con el cual se juzgaría la Guerra del Pacífico. “El Ejército alemán”, decía, por ejemplo, Manuel Bulnes en la *Revista Militar*, “el más perfeccionado elemento de guerra que existe, probó al mundo en su famosa

¹³ Brahm, *Preparados*, p. 16. Cfr., por ejemplo, Gonzalo Vial, vol. III, *Arturo Alessandri y los golpes militares (1920-1925)*, Editorial Santillana del Pacífico, Santiago, 1987; vol. IV, *La dictadura de Ibáñez (1925-1931)* (Santiago, Editorial Fundación, 1996); vol. V, *De la República Socialista al Frente Popular (1931-1938)* (Santiago, Editorial Zig-Zag, 2001). Además, el Ejército chileno alcanzó un inmenso prestigio en el contexto latinoamericano. Cfr. al respecto Roberto Arancibia Clavel, *La influencia del Ejército chileno en América Latina 1900-1950* (Santiago, Editorial Centro de Estudios e Investigaciones Militares, 2002). Respecto a la profesionalización pueden consultarse también Frederick Nunn, *Yesterday's Soldiers: European Military Professionalism in South America 1890-1940* (Lincoln/Londres, University of New Mexico Press, 1983) y “Emil Koerner and the Prussianization of the Chilean Army: Origins, Process, and Consequences, 1885-1920”, *Hispanic American Historical Review*, 50:2 (1970). Enrique Brahm García, “Del soldado romántico al soldado profesional. Revolución en el pensamiento militar chileno 1885-1940”, *Historia*, vol. 25 (1990), pp. 5-37.

campana contra Francia, que la dirección de la guerra estaba también sujeta a operaciones y cálculos de precisión matemática”.¹⁴

Como hemos señalado en otro lugar,

“la conclusión a la que se llegaba era que en futuras guerras contra enemigos de primer nivel y bien preparados (lo que habría distado mucho de ser el caso de peruanos y bolivianos en 1879) ya no bastarían para obtener la victoria ni bizarras cargas de caballería ni bravos y aguerridos ataques de la infantería con bayoneta calada, aunque se derrochara valentía y arrojo, sino que pasaría a ser indispensable la instrucción del Ejército, el estudio profundo de los oficiales y la conducción cuasi científica de las operaciones. El profesionalismo sería decisivo”.¹⁵

La conclusión de todo esto sería que el gobierno de Domingo Santa María tomó la decisión de contratar instructores prusianos para modernizar al Ejército chileno, comisión que se encomendó al Ministro Plenipotenciario en Berlín, Guillermo Matta.¹⁶ Luego de fracasar las negociaciones con un oficial de apellido Halder, a iniciativa del mismo Jefe del Estado Mayor prusiano, Helmuth von Moltke, y gracias al interés mostrado por el propio Emperador Guillermo II, al que habían llamado la atención los triunfos chilenos y que buscaba extender la influencia alemana por el mundo, las negociaciones, que no fueron fáciles, se concentraron en el oficial de artillería Emil Körner, quien se desempeñaba en esos momentos como profesor de táctica y de historia militar en la Escuela de Artillería de Berlín-Charlottenburg.

El contrato firmado en el mes de agosto del año 1885 estipulaba que el oficial de origen sajón se desempeñaría como profesor de artillería, infantería, dibujo de planos y de historia y táctica militar en la Escuela Militar por un período de 5 años, renovable indefinidamente. Además, el gobierno se reservaba el derecho “de incorporar al señor Körner, si lo juzgare conveniente, en el Ejército chileno en calidad de teniente coronel efectivo, sujeto a las condiciones generales”. Antes que terminara el año había llegado a Chile. El largo viaje lo había aprovechado para aprender

¹⁴ *Revista Militar*, 1 de diciembre de 1885, p. 567.

¹⁵ Brahm, *Preparados para la guerra*, p. 23.

¹⁶ Cfr. Schaefer, *Deutsche Militärhilfe an Südamerika*, p. 22; Vial, Gonzalo, *Historia de Chile (1891-1973)*, vol. I, tomo II, *La sociedad chilena en el cambio de siglo (1891-1920)*, p. 786 ss. Junto a Matta se encontraban en Berlín en esos momentos Jorge Boonen Rivera y Valentín Letelier, importantes difusores, cada uno en su ámbito, de la influencia alemana en Chile.

castellano, por lo que pudo incorporarse de inmediato a las actividades de la escuela.¹⁷

El trabajo que le esperaba sería arduo, pues las fuerzas armadas chilenas estaban todavía lejos de alcanzar el nivel de profesionalismo de que hacían gala los Ejércitos europeos. En opinión del mismo Körner, el Ejército chileno destacaba:

“por su presencia marcial, una disciplina de hierro, como también por un alto amor propio y por un justo orgullo por hechos de armas producto de la campaña contra Perú y Bolivia. Pero en el terreno de la preparación militar estaba al nivel de los reglamentos napoleónicos y de la práctica de artistas de la forma, cuyos efectos teatrales nada tenían de práctico. La tropa realizaba los más difíciles pasos de formación de línea a la de columnas y de cuadros y viceversa, desperdiciaba gran cantidad de parque para el entretenimiento de la población civil, desarrollaba fantásticos bailes con bayoneta en forma impecable, etc... pero desconocía las formas de combate, prácticas de campo, tiro y lucha con bayoneta; tampoco conocía la clase teórica sobre el efecto de sus armas, ni marcha ni ejercicios de combate”.¹⁸

La crítica de Körner alcanzaba también al cuerpo de oficiales que no podía ejercer una influencia realmente rectificadora y formadora sobre los soldados, pues estaba formado “por ascendidos de la tropa, quienes habían engrosado el Ejército debido a la fiebre patriótica durante la campaña y por algunos egresados de la Escuela Militar de Santiago” y no constituían un “cuerpo homogéneo” que pudiera elevar la tropa “al propio nivel moral por medio del ejemplo y la palabra”.

En opinión del recién llegado instructor prusiano, “los oficiales venidos de la tropa lo habían conseguido mayoritariamente gracias a muchas muestras de capacidad personal en la guerra, pero en general permanecían igual que la tropa por lo que era difícil que actuaran como un ejemplo sobre ésta”.

Los que habían ingresado al Ejército por otros motivos, señalaba luego Körner,

“habían conseguido obtener sólo en parte las propiedades y capacidades que debe tener un jefe de tropa. Ellos, durante la campaña, habían actuado

¹⁷ Cfr. Estado Mayor General del Ejército, *Historia del Ejército de Chile*, tomo VII, *Reorganización del Ejército y la influencia alemana (1885-1914)*, Santiago, 1985, p. 78 ss. Schaefer, *Deutsche Militärhilfe an Südamerika*, p. 23.

¹⁸ Emil Körner, “Die historische Entwicklung der chilenischen Wehrkraft”, separata del *Militär-Wochenblatt*, 5 (1910), pp. 131 a 174. Citas según la traducción de Patricio Quiroga y Carlos Maldonado, *El prusianismo en las Fuerzas Armadas chilenas. Un estudio histórico 1885-1945* (Santiago, 1988), p. 190.

satisfactoriamente, dentro de la natural capacidad del chileno para el servicio militar, y habían conseguido puestos más elevados que los correspondientes a su edad. Los menos habían tenido oportunidad de obtener los conocimientos que exige la profesión del oficial en tiempos de paz; a muchos les faltaba verdadero espíritu militar hasta el extremo que, en vez de esforzarse por aumentar teórica o prácticamente sus conocimientos militares, continuaron sus anteriores ocupaciones o estudios y sólo aparecían militarmente cada primero del mes para recibir su sueldo”.

Mejor opinión tenía Körner respecto a los oficiales provenientes de la Escuela Militar de Santiago, que eran “el elemento más valioso del cuerpo de oficiales chilenos, pues beneméritas personas, como directores y profesores, habían inculcado a los cadetes, además de conocimientos militares, disciplina y conciencia de los altos deberes del status de oficial”. Sin embargo, también eran, en parte, objeto de su crítica, en cuanto, señalaba que

“la materia de clases de la Escuela Militar estaba planteada más en el sentido de un politécnico con disciplina militar y con leve orientación al servicio militar, que con el de una verdadera escuela de oficiales, en parte tomando en cuenta que los educandos pudieran seguir sin problemas sus estudios universitarios después de absolver el curso. Todos los ramos del instituto nacional estaban a cargo de profesores seleccionados y tratados por lo general más intensamente que en el instituto mismo; los ramos militares eran secundarios, porque faltaban profesores. El servicio militar práctico: ejercicios, gimnasia, esgrima, tiro y ejercicios de campo, se limitaba a la disciplinización de los cadetes que, a pesar de un rigor de hierro, dejaba mucho que desear, y a los ejercicios preparatorios para la parada del dieciocho”.¹⁹

Si bien puede considerarse que Körner cargaba algo las tintas para poder resaltar la bondad de las reformas que él había introducido, sus juicios no son muy diferentes a los contenidos en los documentos chilenos oficiales.

El mismo año en que el primero de los instructores alemanes llegaba a Chile, en la Memoria del Ministerio de Guerra se afirmaba en forma tajante: “Tenemos hoy un cuerpo de oficiales que, en su mayoría, se han distinguido por su valor y entusiasmo, pero que necesitan completar su educación militar con conocimientos que les permitan sacar mayor partido de sus otras cualidades”.²⁰ Mientras que en la de 1886 se señalaba que

¹⁹ *Ídem*, p. 191s.

²⁰ *Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1885*, p. XII. En adelante se citarán como MG.

“la circunstancia de haber entrado al cuerpo de oficiales, con ocasión de la guerra, individuos que no tenían preparación militar alguna, aconseja completar los conocimientos prácticos que la campaña ha dado a esos jóvenes, con las nociones científicas profesionales que ahora son indispensables en la carrera de las armas”.²¹

La creación de la Academia de Guerra

En medio del ambiente crítico hacia el estado de abandono en que se encontraba la formación de la oficialidad, compartido por las más diversas instancias involucradas en el tema, no puede llamar la atención que el gobierno se interesara también en el problema. Había conciencia de haber llegado el momento de “reformular absurdas y viejas prácticas, de sustituirlas con otras más en armonía con el espíritu moderno, de devolver a España sus hoy vetustas leyes y reemplazarlas con otras de más adelantado criterio”.²²

Lo primero por mejorar era la formación que se daba en la Escuela Militar, a la que fue comisionado el recién llegado instructor prusiano, como profesor de los ramos militares y subdirector técnico de la misma, encargado de los planes de estudios. Pero ello no bastaba. Si se quería que la oficialidad del Ejército chileno se pusiera a la altura de aquella perteneciente a los mejores Ejércitos del mundo, se hacía necesario que, además de la instrucción básica recibida en la Escuela Militar, los oficiales tuvieran la oportunidad de profundizar sus estudios en una institución de enseñanza superior especializada en la ciencia de la guerra. De ahí que el gobierno, asesorado por Körner y un grupo de oficiales chilenos reformistas, decidiera crear la Academia de Guerra del Ejército por decreto de 9 de septiembre de 1886, el que tenía en su base un borrador preparado por Körner y Boonen Rivera.²³

En la Memoria de Guerra de ese año, el ministro del ramo, Carlos Antúnez, justificaba su fundación aduciendo que no se concebía

“la existencia de un Ejército regularmente organizado, sin que cuente con un cuerpo de oficiales que, de una manera permanente, esté consagrado al estudio de los progresos del arte militar y de los nuevos armamentos y a su adaptación a nuestras necesidades y modo de ser; que adquiera, reúna

²¹ MG 1886, p. XVIII.

²² *Revista Militar*, 1 de diciembre de 1885, p. 559.

²³ *Historia del Ejército de Chile*, tomo VII, p. 42.

y ordene los datos y noticias referentes al personal y material de nuestro Ejército y a los recursos militares del país, y prepare las informaciones que, en cualquier emergencia, deben servir para aprovecharlas en la defensa; que siga atentamente el desarrollo de la fuerza militar de los países vecinos, a fin de que una guerra no nos coja, como la que acaba de pasar, sin noticia alguna digna de fe de los recursos del enemigo en hombres, armas, medios de movilidad, etc.; que, por último, se consagre a adquirir el conocimiento perfecto y minucioso de los territorios en los cuales pudieran tener que operar un día nuestras fuerzas”.

Estas eran las misiones que correspondía realizar al Estado Mayor Permanente, el que estaría integrado por oficiales egresados de la Academia.²⁴ Y en los considerandos del decreto respectivo se agregaba que resultaba conveniente elevar en cuanto fuera posible “el nivel de instrucción técnica y científica de los oficiales del Ejército, a fin de ponerlos en aptitud de utilizar en la guerra las ventajas que presentan los nuevos métodos de combatir y las armas perfeccionadas hoy en uso”.²⁵

El gobierno reconocía que la Academia que se creaba era “una imitación, en menor escala, de las que existen en todos los países que aspiran a tener oficiales perfectamente aptos para múltiples y tan diversas exigencias de la guerra moderna”,²⁶ pero resultaba evidente que el modelo elegido no era cualquiera, sino el de la Academia Prusiana. Según afirmaría más tarde el mismo Körner, “los éxitos logrados en la Escuela Militar influyeron en el gobierno para fundar en 1887 (sic) la Academia de Guerra como departamento especial de la Escuela Militar, exactamente según el ejemplo de la *Kriegsakademie* en Berlín”.²⁷

A fines del siglo XIX era ésta, sin duda, la más prestigiosa de entre todas las de su género que existía en Europa. En general, estas academias habían tomado forma durante o tras las guerras napoleónicas –en 1802 el *Royal Military College* de Inglaterra, en 1808 la Academia de *St. Cyr* de Francia, en 1832 la rusa–, y en el caso de la prusiana de 1810, había nacido junto con las grandes reformas introducidas por Scharnhorst luego de las derrotas sufridas por Prusia ante las fuerzas napoleónicas en Jena y Auerstadt.²⁸

²⁴ MG de 1886, cita según Academia de Guerra, *Cuaderno de difusión* N° 2, año 2, p. 6.

²⁵ Decreto orgánico de 9 de septiembre de 1886, cit. según *idem*, p. 7.

²⁶ MG de 1886, cit. según *Cuaderno de difusión*, p. 6.

²⁷ Quiroga y Maldonado, *El prusianismo en las Fuerzas Armadas chilenas*, p. 194.

²⁸ Cfr. Michael Howard, *Der Krieg in der europäischen Geschichte. Vom Ritterheer zur Atomstreitmacht* (München, 1981), p. 129; Herbert Rosinski, *Die deutsche Armee. Vom Triumph zur Niederlage*

En efecto, ese año se crearon junto a la escuela de cadetes tres *Kriegsschulen* en Berlín, Könisberg y Breslau, destinadas a la formación de la oficialidad. La de Berlín haría las veces de escuela superior, en la cual pequeños grupos de oficiales especialmente elegidos recibirían tres años de formación en asignaturas militares especializadas, entre las que se contaban táctica, estrategia, tiro, geografía militar, matemáticas, física, química, alemán y francés. De los egresados de la academia se reclutarían luego los oficiales del Estado Mayor Prusiano.²⁹ Su nombre definitivo –*Königlich-Preussische Kriegsakademie*– se le daría recién el año 1858, pero su fama, aquella que la haría una institución tan atractiva como para ser tomada como modelo por los chilenos, surgiría recién con el triunfo prusiano en las guerras de unificación de Alemania. Como ha señalado William H. McNeill en relación a los éxitos de la máquina militar conducida por Von Moltke, la capacidad de los prusianos para “aprender de sus antiguas deficiencias fue el factor fundamental de los brillantes triunfos que alcanzarían uno tras otro. Si bien el uso de la razón y de la inteligencia en la conducción de la guerra no era algo nuevo en la Europa del siglo XIX, pocas veces había sido empleada en forma tan sistemática por un grupo de hombres dotados de plenos poderes y con la capacidad de aplicar de inmediato a la práctica sus novedosas creaciones”. Para luego agregar que la aplicación y extensión de una “racionalidad radical” hasta lo más bajo de la cadena de mando era el secreto de los triunfos prusianos.³⁰

Esa “racionalidad” es la que se pretendía pasara a ser también el distintivo de los oficiales del Ejército chileno, de ahí la celeridad con que se creó la Academia de Guerra apenas llegado Körner al país.

En opinión del instructor prusiano, la Academia de Guerra, que empezó a funcionar el año 1887, teniendo entre sus principales profesores al mismo Körner y a su amigo Jorge Boonen Rivera, consiguió aún mejores resultados que la Escuela Militar, “pues todos los tenientes, capitanes, y jóvenes oficiales de Estado Mayor comandados como alumnos, habían comprendido durante la campaña terminada hacía pocos años, que los ejercicios de campo no eran suficientes para posibilitar al superior la correcta realización de sus deberes”. Y luego agregaba que “el entusiasmo con que los oficiales comandados a la Academia de Guerra –la mayoría padres de familia– demostrado en el cumplimiento de sus nuevas y por

(München, 1977), p. 79; Gordon A. Craig, *Die preussisch-deutsche Armee 1640-1945. Staat im Staate* (Koenigstein/T., 1980), p. 65.

²⁹ Craig, *Die preussisch-deutsche Armee*, p. 64.

³⁰ William McNeill, *Krieg und Macht. Militär, Wirtschaft und Gesellschaft vom Altertum bis heute*, (München, 1984), p. 224.

ello desacostumbradas tareas, superó todas las dificultades”.³¹ Incluso se daba el caso que generales y oficiales de Estado Mayor, a menudo de las guarniciones más lejanas, visitaban regularmente la Academia de Guerra durante las horas de clases para escuchar atentamente una o más horas seguidas”.³²

Consolidación de la prusianización

Pero los comienzos de la Academia de Guerra fueron algo más difíciles que el tono optimista que reflejaban las palabras de Körner, recién citadas en el párrafo anterior. La consolidación de la Academia de Guerra y de su impronta prusiana no sería fácil, pues los oficiales partidarios del modelo alemán estaban lejos de ostentar el poder y la supremacía que alcanzarían recién luego del triunfo de las fuerzas del Congreso en la Guerra Civil de 1891. De hecho apenas la Academia empezó a funcionar se daría una sorda lucha con algunos oficiales cercanos a Balmaceda, que ocupaban cargos claves en el Ejército, y que se habían formado en Francia. Serían los casos, por ejemplo, del General Luis Arteaga, Director de la Escuela Militar y luego de la Academia de Guerra, y del Inspector General de la Guardia Nacional desde 1889 y luego Ministro de Guerra, General José Francisco Gana, ambos con estudios en Metz. En la misma línea se movería también el General Arriagada.³³ De hecho, este último, apenas asumió el cargo de Inspector General del Ejército, recomendaba al Gobierno “clausurar la actual Academia”, para luego “reabirla en mejores condiciones y con elementos que ofrezcan la expectativa de un éxito muy favorable a los intereses del Ejército”.³⁴

³¹ Quiroga y Maldonado, *El prusianismo en las Fuerzas Armadas chilenas*, p. 194.

³² *Ídem*, p. 195.

³³ Cfr. Bernardo Ibarrola, *El Ejército de Balmaceda: modernización y crisis*, Capt. IV, “Las reformas ideales y los problemas reales, 3. Los proyectos de Arteaga, Gana y Arriagada”. También Schaefer, *Deutsche Militärhilfe an Südamerika*, p. 24.

³⁴ MG de 1889, Inspección General del Ejército, p. 33. Arriagada planteaba que los oficiales que habían terminado su primer año en la Academia debían reintegrarse de inmediato a las filas del Ejército, a sus unidades respectivas. “US. debe saber, decía, que estos oficiales, cuando vino su núcleo mayor para ingresar a la Escuela Superior, no rindieron prueba previa alguna que acreditase aquella preparación o base de conocimientos que exigió el decreto orgánico, y que este requisito sólo se hizo efectivo para muy pocos que posteriormente ingresaron. Esta circunstancia, que sólo apunto como ilustrativa de lo que vengo diciendo, dejará ver a US. que, careciendo la mayor parte de cierta preparación para hacer estudios superiores y sobre todo de matemáticas, no han podido cosechar, a pesar de la contracción que ha sido posible obtener, los frutos que el plan de estudios

Junto a ello los “afrancesados” criticaban también el plan de estudios de la Escuela Militar y la forma como estaba estructurada la Guardia Nacional.³⁵ Con todos estos impulsos reformistas provenientes de oficiales de formación francesa que detentaban altos cargos bajo el Gobierno de Balmaceda, parecía que la “prusianización” había entrado en un callejón sin salida. Ello ayuda a explicar el porqué Körner se decidió a apoyar a las fuerzas del Congreso en vísperas de la Guerra Civil.

La posición de Emilio Körner salió claramente fortalecida del conflicto bélico que desgarró a los chilenos el año 1891. Ello era consecuencia no sólo del hecho de haberse pronunciado a favor de las fuerzas del bando ganador, sino, además, porque le había correspondido jugar un papel fundamental en los triunfos alcanzados por el Ejército defensor del régimen parlamentario. Como premio, el instructor prusiano sería ascendido el mismo año a General de Brigada y se le confiaría la jefatura del Estado Mayor General, organismo al que el Congreso, al discutirse la ley de presupuestos para el año 1892, había traspasado las atribuciones que hasta ese momento correspondían a la Inspección General del Ejército.³⁶

Desde su nuevo cargo Körner daría un nuevo impulso al proceso de reformas que había quedado interrumpido por la intervención de los ex alumnos de la Escuela Militar de Metz y luego por la guerra, sobre todo, en lo que se refería a la formación de la oficialidad superior del Ejército. De acuerdo a lo que se señalaba en la Memoria de Guerra del año 1892, “el origen del actual Ejército y las bases que presidieron su organización definitiva imprimían a sus miembros un carácter militar relativamente ocasional e improvisado, y de aquí la conveniencia de abrir desde luego los establecimientos de enseñanza y de reglamentar los cursos de la Academia de Guerra y de las Escuelas Militar, de Clases y de Tiro”.³⁷

La urgencia que había en reabrir estos centros de enseñanza militar había quedado en evidencia luego de una visita inspectiva que se había hecho a las distintas unidades. En su informe al Estado Mayor, el Inspector General de Infantería afirmaba en forma drástica:

ofrece, por lo vasto y lo complejo. El profesor de matemáticas, antes de entrar al repaso de la geometría, que se cursó en el primer año, se vio en la necesidad de refrescar la memoria de los alumnos en las operaciones de la aritmética y del álgebra simplemente razonadas, porque sin esa medida los oficiales no habrían podido seguir, con plena conciencia y sin grandes escollos, sus explicaciones de geometría”.

³⁵ Cfr. MG de 1889, p. 7 y 203.

³⁶ MG de 1892, p. X.

³⁷ MG de 1892, p. XIII.

“que por hoy no tenemos Ejército, sino una aglomeración de hombres, la que si bien está dispuesta a recibir la instrucción que se quiera darle, esto por lo que respecta a la tropa, que en su mayor parte es veterana, se tropieza con la falta de preparación de los oficiales, los cuales por falta de escuela y tiempo en el servicio se encuentran relativamente a un nivel inferior a la tropa, con pocas excepciones, siendo éstos, los oficiales reincorporados del antiguo Ejército o los que habían servido en aquel en calidad de individuos de tropa y que después de la revolución han sido promovidos a oficiales, muchos de los cuales han llegado al empleo de capitanes”.³⁸

Para tratar, por lo menos, de reducir las diferencias de formación que existían dentro del cuerpo de oficiales tras la guerra civil “se efectuaron cursos extraordinarios en la Escuela Militar y en la Academia de Guerra, en los cuales algunos buenos oficiales se perfeccionaron y otros llegaron al convencimiento de que no servían para los tiempos de paz. A otros el gobierno les ofreció favorables condiciones para abandonar el Ejército, por lo que en 1893, concluía Körner, se lograba una cierta homogeneidad y se podía comenzar un verdadero trabajo de organización”.³⁹

El nuevo espíritu de que estaban imbuidos tanto el gobierno como el Ejército a partir de ese año se ponía plenamente de manifiesto en la Memoria de Guerra del año 1893 cuando se anunciaba como el gran objetivo a alcanzar con el Proyecto de Organización el Ejército el superar “la condición estacionaria y casi vegetativa del oficial y del soldado”. Para ello se hacía necesario impulsar el progreso de las tropas en tiempos de paz, “dando a los militares una instrucción más noble, más científica y más vasta” e introduciendo reformas que “se hallen definitivamente consagradas por los países más adelantados de la Europa”.⁴⁰

Este objetivo sólo podía alcanzarse si se contaba con los profesores adecuados. De ahí que dentro de los objetivos que el gobierno puso a una misión militar chilena, encabezada por Körner, que fue enviada a Alemania el año 1894, destacaba la de contratar oficiales alemanes como instructores para nuestro Ejército. Ya en el mes de marzo del año 1895 se presentaba la solicitud correspondiente al Ministerio de Guerra alemán. El prestigio que Körner había ganado por sus triunfos militares en Chile facilitó una buena recepción por parte del gobierno imperial. Sin tomar en consideración el peligro de guerra que había en esos momentos entre Chile y Argentina, se dio curso a la petición chilena. Ya el día 22 de junio

³⁸ MG de 1892, Estado Mayor General, p. 77.

³⁹ Quiroga y Maldonado, *El prusianismo en las Fuerzas Armadas chilenas*, p. 204 ss.

⁴⁰ MG de 1893, p. VI.

partían a Chile los primeros 4 instructores alemanes, entre ellos el hijo del Ministro de Guerra prusiano.⁴¹ Habían firmado un contrato por dos años y se les había dado la seguridad de poder reintegrarse al Ejército alemán una vez vencido ese plazo. Y en el mes de agosto, y acompañados por el mismo Körner, viajarían otros 26 oficiales.⁴²

Con la llegada de este contingente de jóvenes oficiales, que venían a unirse a los que ya se encontraban con anterioridad de servicio en Chile, el proceso de prusianización tomó un nuevo y decisivo impulso. De hecho se distribuirían a lo largo del país, en las distintas unidades del Ejército y, muy fundamentalmente en la Escuela Militar, en la de suboficiales y en la Academia de Guerra. Más allá de algunos roces menores que tuvieron con algunos oficiales chilenos, muy poseídos de la superioridad de su experiencia bélica sobre la mera teoría de los recién llegados, su efecto sobre la oficialidad sería muy positivo. El Ministro de Guerra, Luis Barros Borgoño, se encargaba, por ejemplo, de destacar en la Memoria de los años 1895-1896, que “el personal de instructores alemanes que está prestando sus servicios en los establecimientos de enseñanza militar y en los cuerpos del Ejército, se desempeña con inteligencia e incansable actividad, llenando cumplidamente la honrosa y delicada misión que le está encomendada”.⁴³ Mientras que su sucesor en el cargo destacaba que las grandes mejoras que se notaban en el Ejército eran consecuencia del trabajo realizado por los oficiales instructores extranjeros, “que en el espacio de más de un año que han residido entre nosotros, han cooperado eficaz e inteligentemente en esta obra de progreso. Los deseos y la intención que tuvo el Gobierno al solicitar su concurso se han visto realizados, pues, en gran parte”.⁴⁴

Naturalmente que quien estaba más contento con los refuerzos que había conseguido para cimentar su trabajo era el General Körner, para quien la “más brillante” acción del Gobierno en pos de la mejora de la instrucción militar, habría sido la decisión de “llamar a profesores militares alemanes para las escuelas castrenses. Los nombres de Rogella von Bieberstein y (Gühnter) von Below en la Escuela Militar, (Erick) Hermann en la Escuela de Suboficiales, (Karl) Zimmermann y (Albrecht) Kellermeister von der Lund en la Academia de Guerra, se han eternizado por sus fotografías

⁴¹ Bronsart von Schellendorf.

⁴² Cfr. Schaefer, *Deutsche Militärhilfe an Südamerika*, p. 52 ss.

⁴³ MG de 1895-1896, p. XXII.

⁴⁴ MG de 1897, p. VI.

que cuelgan en dichos establecimientos, pero más aún por el recuerdo agradecido de sus cientos de alumnos".⁴⁵

Aunque la mayoría de estos oficiales volverían a Alemania el año 1896, una vez terminado su contrato, algunos negociaron su continuidad en Chile.⁴⁶ A esas alturas los cimientos de las reformas ya estaban firmemente asentados, sin perjuicio de que estas continuaran los años siguientes impulsadas por otros oficiales provenientes del Ejército alemán y por los chilenos formados en Alemania.⁴⁷

Con todo esto y a partir de la formación que se daba a los oficiales en la Academia de Guerra y directamente en las unidades, la "modernidad" estaba llegando con fuerza a las filas del Ejército. Los oficiales se habían penetrado de la idea de que su profesión era una ciencia compleja, compendio de todas las disciplinas y fuerte impulsora del progreso.⁴⁸ En lo estrictamente profesional, la guerra, tanto en el plano de la estrategia como en el de la táctica, se estudiaba y practicaba con la mirada y la cabeza puestas en los grandes modelos extranjeros y en las últimas grandes guerras.⁴⁹

Al más puro estilo de los Ejércitos europeos, pasaron a ser una práctica constante –aunque no siempre pudieran realizarse con la periodicidad y el número de unidades ideales–, las "maniobras" de las distintas unidades, en general, concentrando a las diversas armas y unidades de alguna de las zonas en que se encontraba dividido el Ejército.⁵⁰

⁴⁵ Quiroga y Maldonado, *El prusianismo en las Fuerzas Armadas chilenas*, p. 204. En una carta de 11 de julio del año 1904 el en ese entonces Inspector General del Ejército, Jorge Boonen Rivera, señalaba al Jefe del Estado Mayor General: "La llegada del señor coronel asimilado Von der Lund de regreso de su comisión en Europa, me induce a proponer a U.S. que aprovechemos sus conocimientos en el profesorado de la Academia de Guerra". Proponía reemplazara al teniente-coronel Aurelio Berguño en las asignaturas de Táctica y de Servicio de Estado Mayor, considerando que el oficial alemán "fue alumno distinguido de esas asignaturas en la Academia de Guerra en Berlín". Archivo Siglo XX, Inspección General del Ejército. Departamento Administrativo, 1904, vol. 3335, N° 22.

⁴⁶ Cfr. Schaefer, *Deutsche Militärhilfe an Südamerika*, p. 58.

⁴⁷ En total entre los años 1885 y 1927 serían 68 los oficiales alemanes que prestaron servicios en Chile. Cfr. Roberto Arancibia, *La influencia del Ejército chileno en América Latina 1900-1950*, p. 128.

⁴⁸ Cfr. Brahm, *Preparados para la guerra*, p. 31 ss. Con gran orgullo e ilusión señalaba uno de ellos: "La ciencia militar moderna, apoderándose de todos los perfeccionamientos de la industria, impulsa y vigoriza el saber humano, perfecciona las artes, robustece el progreso y exprime, por decirlo así, el jugo de todas las ciencias, para hacerlas converger al elevado propósito de la defensa de la vida y del derecho de las naciones". *Revista Militar*, 1892, pp. 413s.

⁴⁹ Cfr. Brahm, *Preparados para la guerra*, p. 51 ss.

⁵⁰ Cfr. MG de 1896-1897, p. XV.

Desde un comienzo se organizaron también expediciones científicas, sobre todo con oficiales de la Academia de Guerra, a distintos puntos del territorio.⁵¹ Por ejemplo, en la Memoria de Guerra del año 1894 se afirmaba:

“Las ventajas obtenidas por las expediciones científicas pueden resumirse en disponer de quince oficiales que, además de hallarse convenientemente preparados para servir en paz y en guerra en las oficinas de este Estado Mayor General, han conocido aquellas partes del país que pueden ser teatro de operaciones militares, y han aprendido la manera de aprovechar sus actividades en la ofensiva o en la defensiva, acopiando los materiales necesarios para elaborar el plan general de defensa, trabajo que el país tiene derecho a exigir del Estado Mayor General de su Ejército”.⁵²

Todavía en la Memoria de Guerra del año 1911 se insistía en que la enseñanza en la Academia de Guerra “se ha desarrollado en una norma esencialmente práctica, de acuerdo con los principios que rigen a este respecto en los grandes Ejércitos europeos. Los alumnos han salido casi todos los sábados a practicar ejercicios tácticos, de fortificación o de topografía, dirigidos por los oficiales alemanes”.⁵³

La revuelta de los “jóvenes turcos”

Cuando se iniciaba el siglo XX no sólo eran ya numerosos los instructores alemanes que habían llegado a servir en el Ejército chileno y en la Academia de Guerra, sino que también eran muchos los oficiales chilenos que viajaban a Alemania. Normalmente, cada año, eran entre seis y doce los que permanecían en las filas del Ejército imperial durante un período de uno o dos años. Con ello terminaban por encandilarse con el modelo prusiano. Sin darse cuenta de las inmensas diferencias materiales y culturales que había entre la realidad de una de las primeras potencias europeas y un periférico país del tercer mundo, e impresionados cuando llegaban de vuelta a Chile por las inmensas diferencias que observaban

⁵¹ Los viajes de instrucción serían característicos de la formación impartida en la Academia de Guerra desde sus inicios. Por ejemplo, el año 1888 “los oficiales alumnos hicieron una excursión táctica a Apoquindo, bajo la dirección del profesor del ramo Teniente Coronel graduado señor Emilio Körner. Asistieron también el señor Teniente Coronel Sofanor Parra con el regimiento Granaderos y varios oficiales de la guarnición”. *Reseña histórica de la Academia de Guerra*, Santiago, sin fecha de edición, p. 25.

⁵² MG de 1894, Estado Mayor General, p. 8.

⁵³ MG de 1911, p. 41.

entre uno y otro Ejército, pretendían copiar sin más el sistema alemán, superando a Körner, quien había buscado siempre sólo una adaptación del mismo a la realidad chilena. Serían estos “jóvenes turcos”, en general profesores de la Academia de Guerra, los que empezarían a trabajar en una reorganización radical del Ejército chileno, imitando al detalle la organización alemana.⁵⁴ Körner, el mentor de todos ellos e iniciador del proceso de prusianización del Ejército chileno, había ido perdiendo influencia. Manifestación de lo anterior es, por ejemplo, el hecho de que entre los años 1900 y 1904 había pasado la mayor parte del tiempo cumpliendo comisiones en Europa. De hecho terminaría por ser relevado de su cargo de Jefe del Estado Mayor General, apenas vuelto de Alemania, el último de los años citados. Asumiría, en cambio, el de Inspector General del Ejército, cargo sin poder real dentro del nuevo esquema.⁵⁵

Dentro de los profundos cambios impulsados por los jóvenes oficiales germanófilos y que se traducirían en una radical descentralización del Ejército, se incluyó la aprobación en agosto del año 1904 de un nuevo “Reglamento Orgánico de la Academia de Guerra”. En el artículo primero del mismo, se señalaba que “la Academia de Guerra tiene por objeto instruir a la Oficialidad del Ejército en los conocimientos superiores de las ciencias militares: constituye, además, una escuela práctica y preparatoria para el servicio de los Estados Mayores del Ejército”. Luego, en el inciso segundo, se agregaba que reconociéndose que “el arte de la guerra es esencialmente práctico, la enseñanza debe de preferencia desarrollar el criterio militar y el carácter de los alumnos antes que obligarles a aprender una cantidad más o menos crecida de datos teóricos”.⁵⁶

Por supuesto esta reforma no gustó para nada a Emilio Körner, para quien los cambios significaban “un duro golpe” al reglamento original de 1887. Según él,

“se había hecho moda entre los jóvenes oficiales de Estado Mayor y capitanes antiguos, de ser profesores en la Academia de Guerra y esta moda también había encontrado eco entre sus amigos civiles, lastimosamente también en círculos influyentes de entonces. Se trataba de hacer figurar la mayor cantidad posible de cursos en el programa de estudios, lo que se conseguía de dos maneras: a través de la creación de nuevos ramos y por medio de la subdivisión de los existentes. Nuevos eran, por ejemplo, organización del Ejército, transporte, guerra naval y otros. Se subdividió la táctica que, enseñada y aplicada en la

⁵⁴ Cfr. Schaefer, *Deutsche Militärhilfe an Südamerika*, p. 115 ss.

⁵⁵ Cfr., *Historia del Ejército de Chile*, tomo VII, p. 394.

⁵⁶ Archivo General del Ejército, vol. 2111. Anuario del Ministerio de Guerra, 1904, p. 73 ss.

Escuela Militar por un solo profesor, se impartía entres diversas ramas según las armas; asimismo, también la historia de la guerra en una parte que trataba filosofía, otra la antigüedad y la tercera los tiempos modernos, y que se impartía simultáneamente en los tres años. Altas matemáticas y geodesia, sin las cuales es imposible la enseñanza de trianguladores, habían sido relegadas a un segundo plano”.⁵⁷

De la misma opinión era el General Patricio Larraín, Jefe del Estado Mayor General del Ejército, para quien el reglamento del año 1904 tenía defectos graves. En su opinión, se “habían introducido numerosas asignaturas de humanidades que absorbían más de la mitad del tiempo de trabajo de la enseñanza, con los resultados más perturbadores para la instrucción de los ramos militares, y sin que, por otra parte, el estudio de los ramos de humanidades hubiera podido llegar a ser siquiera medianamente satisfactorio, por carecer en absoluto la Academia de Guerra de los materiales necesarios para la enseñanza de dichos ramos, como laboratorio, gabinetes, etc.”⁵⁸ De ahí que el Estado Mayor solicitara la aprobación de un nuevo Reglamento Orgánico y Plan de Estudios que entraría en vigencia el año 1907. Esto implicaba que el anterior, de 1904, sólo había alcanzado a tener aplicación durante 3 años, el período correspondiente a un curso completo. En todo caso el nuevo Reglamento estaba “basado en el mismo principio fundamental que caracterizaba el Reglamento de 1904, o sea, el de dedicar todo el tiempo de enseñanza a profundizar el estudio de los ramos militares, aceptando, de los ramos de humanidades, únicamente los idiomas y las matemáticas”.⁵⁹

Todas estas reformas no significaban de ninguna manera que el proceso de prusianización sufriera un revés o una vuelta atrás. Al contrario, el Jefe del Estado Mayor señalaba expresamente que el nuevo reglamento y el plan de estudios habían sido “copiados fielmente de los entonces en vigencia en la Academia de Guerra Prusiana”.⁶⁰

Pero la fidelidad al modelo prusiano alcanzaba su cota máxima cuando el General Larraín afirmaba con toda humildad:

“No estará talvez de más poner en conocimiento de US. que este Estado Mayor, después de haber tomado esta medida, ha sabido por fuentes fidedignas que los elementos más progresistas del Estado Mayor Prusiano están en la actualidad abogando enérgicamente por la introducción, en la Academia de Guerra

⁵⁷ Quiroga y Maldonado, *El prusianismo en las Fuerzas Armadas chilenas*, p. 206.

⁵⁸ MG de 1908, p. 66.

⁵⁹ *Ídem*.

⁶⁰ *Ídem*.

de Prusia, de un Plan de Estudios, que acepte ampliamente el mencionado principio fundamental de nuestro Reglamento –estudiar exclusivamente los ramos militares, los idiomas y las matemáticas–, rompiendo así francamente con la rutina que hasta la fecha ha mantenido en dicha Academia un Plan de Estudios que en manera alguna puede considerarse a la altura de las exigencias de la instrucción militar moderna”.⁶¹

Excelencia con recursos escasos

Para que las reformas pudieran implementarse, el principal problema seguiría siendo la escasez de recursos tanto humanos como materiales. De hecho muchos de los cambios quedaban sólo en el papel o en las buenas intenciones. Para paliar en algo lo primero, el Embajador de Chile en Alemania, Augusto Matte, y el Jefe de la Comisión Militar en ese país, General Roberto Silva Renard, solicitaron al gobierno imperial un oficial de estado mayor con experiencia, para ocupar el cargo de asesor técnico del Estado Mayor General chileno y de profesor en la Academia de Guerra. Tanto el Emperador como el General Von Moltke estuvieron de acuerdo en acceder a la solicitud y recomendaron al mayor de caballería Víctor von Hartrott, el que sería contratado el año 1907. A él se agregaría el año siguiente el mayor de artillería de Württemberg Hans Mohs y dos años después el mayor Hans von Kiesling, del decimoquinto regimiento de infantería de Baviera, quien tendría una larga y fructífera carrera en el Ejército chileno.⁶²

Al respecto se señalaba en la Memoria de Guerra del año 1909 que al mayor Mohs le correspondería desempeñar las asignaturas más importantes de la Academia de Guerra,

“con lo cual se conseguirá dar un giro práctico y conforme a los últimos adelantos a los estudios militares de ese plantel de educación. Pero, a pesar de los servicios que prestará el señor Mohs, existen varias asignaturas que no podrán ser desempeñadas por ese oficial, porque sería abrumadora la tarea que caería sobre él, y por ser ramos que necesitan un profesor que se haya dedicado especialmente a ellos. Estas razones aconsejan la contratación de otro oficial alemán para profesor de la Academia de Guerra”.⁶³

Pese a todo, las quejas en el mismo sentido pasarían a ser una constante. En la Memoria de Guerra del año 1910 se volvía a insistir en el problema

⁶¹ *Ídem*, p. 66 ss.

⁶² Cfr. Schaefer, *Deutsche Militärhilfe an Südamerika*, p. 153 s.

⁶³ MG de 1909, Estado Mayor General, p. 72. Antes se había señalado en la misma Memoria que “los estudios en la Academia de Guerra se siguieron en conformidad al Plan de Estudios vigente; pero por la falta de profesores no funcionaron diversas asignaturas”.

derivado de la falta de profesores adecuados. “Este es el gran escollo con que tropieza la Academia para su adelanto y, si bien es cierto que transitoriamente se ha subsanado en parte este mal con la contratación de oficiales alemanes para que sirvan como profesores, cuando éstos terminen sus contratos el mal podrá volver a sentirse de nuevo y con más fuerzas”.⁶⁴

Para solucionar ese problema, a partir del año 1909 se había establecido un sistema de ayudantías, de acuerdo al cual se asignaba a cada profesor alemán un ayudante chileno que pudiera estar en condiciones de reemplazarlo cuando éstos volvieran a su país de origen. Se sugería, además, en la Memoria del año 1910 que “alumnos distinguidos que hayan terminado sus cursos en la Academia” pudieran ser enviados a Europa para “perfeccionarse como profesores en las asignaturas que indique el Estado Mayor General. Cambiando estos procedimientos con el de ayudantes de profesores, dentro de pocos años tendríamos profesores chilenos bien preparados, economizando fuertes sueldos que hoy se pagan a los contratados”.⁶⁵

No menores eran las carencias materiales con que se debía lidiar en la Academia. El año 1912, el Jefe del Estado Mayor General, General Roberto Goñi, se quejaba amargamente de que el edificio de la Academia de Guerra resultaba “absolutamente inadecuado para el objeto. Tanto las oficinas como las salas de clase son oscuras, estrechas y carecen de ventilación, sobre todo estas últimas, que no tienen ventanas y reciben la pequeña cantidad de luz y aire que les entra por las puertas del lado poniente, que dan a un hall. La calefacción que se hace por medio de estufas a gas es incompleta y antihigiénica, por carecer las salas de ventilación”.⁶⁶

Consideraciones finales

Mas allá de todos estos problemas y restricciones, es un hecho evidente que cuando el mundo se acercaba al estallido de la Primera Guerra Mundial, la Academia de Guerra del Ejército se había consolidado como una institución de enseñanza de primer nivel –verdadera “Universidad del Ejército”, como se señalaba en alguna Memoria de Guerra–⁶⁷ que estaba dando su

⁶⁴ MG de 1910, Estado Mayor General, p. 46s.

⁶⁵ *Ídem*, p. 47.

⁶⁶ MG de 1912, Estado Mayor General, p. 82 s. En la del año anterior se había señalado: “La Academia funciona en una casa arrendada y se encuentra instalada en malas condiciones, por falta de espacio suficiente para el funcionamiento de sus tres cursos. Es indispensable para el desarrollo de este instituto que cuente con un local propio y de condiciones adecuadas para su objeto”. MG de 1911, Estado Mayor General, p. 55.

⁶⁷ MG de 1911, Estado Mayor General, p. 55.

impronta a la oficialidad del Ejército chileno. Y esta marca distintiva tenía un sello claramente prusiano. Todavía en la década de los diez del siglo XX, y pese al alejamiento de Körner del primer plano –pasó a retiro el año 1910– el Ejército chileno mantenía un marcado carácter prusiano.

En la Memoria de Guerra del año 1911 se destacaba el hecho de que la Academia estaba “a la altura de su misión”, ya que “la mayor parte de las clases (eran) desempeñadas por los oficiales del Estado Mayor Alemán”.⁶⁸ Y con palabras en que se denotaba todavía la inmensa admiración que se tenía en Chile por la formación que se daba en la Academia que había sido desde siempre el modelo de la chilena, se señalaba en otra parte de la misma Memoria: “El coronel señor Barros Merino, Director de la Academia de Guerra, durante los últimos meses del año próximo pasado permaneció en comisión en Europa, donde tuvo oportunidad de informarse de la organización, régimen interno y método de enseñanza de la Academia de Guerra de Berlín, primer establecimiento de educación militar en el mundo”.⁶⁹

Por otra parte, haciendo un positivo balance, en forma retrospectiva, de lo que había sido la actividad de la Academia de Guerra en esos mismos años, decía el General de Brigada (R) José M. Barceló Lira:

“Frescos están aún los recuerdos de tantos profesores extranjeros y nacionales, entre los cuales no podemos dejar de recordar al sabio maestro de Historia Militar, el distinguido coronel don Guillermo Eckdahl... La llegada de los primeros oficiales de Estado Mayor alemán, Von Harttrot, Mohs, Von Kiesling y Heinlein (nombro sólo a los que iniciaron la labor) marca, sin lugar a dudas, la edad de oro de este Instituto, tanto por las provechosas enseñanzas dejadas por sus maestros como por la emulación que supieron éstos despertar por el estudio. Gracias a ellos y a los continuadores de su obra llegamos a contar pronto con numerosos oficiales de Estado Mayor, así como con un eficiente cuerpo de profesores militares”.⁷⁰

⁶⁸ *Ídem.*

⁶⁹ *Ídem.*, p. 56.

⁷⁰ Barceló Lira, José M., “La evolución del Ejército Chileno desde la ocupación del territorio araucano (1859-1879), hasta nuestros días”, *Memorial del Ejército de Chile* (1935), p. 208. Por ejemplo, respecto al coronel contratado Guillermo Eckdahl, que se había nacionalizado chileno, se señalaba en los considerandos de un proyecto de ley de febrero del año 1909 por el que se proponía se lo integrara al Ejército chileno con el mismo grado de coronel: “Sus conocimientos en todos los ramos militares han contribuido a que haya desempeñado con brillo las más importantes asignaturas de la Academia de Guerra, prestando así positivos servicios al Ejército. Como Director del mismo Instituto, llegó con su incansable labor a colocar ese plantel de educación en un excelente pie de disciplina e instrucción”. Archivo General del Ejército. Mensaje. Ministerio de Guerra. Servicio Militar 1907-1921, vol. 1342.

